HISTORIAS SALVAJES DEL OESTE BRET HARTE

HISTORIAS SALVAJES DEL OESTE

Bret Harte



Bret harte

Historias salvajes del oeste



Bret Harte

Nació en 1836, en New York, Estados Unidos. De joven ejerció diversos trabajos como mensajero, tipógrafo y maestro; asimismo, destacó en el periodismo y llegó a ser director del Overland Monthly, así como embajador de Alemania e Inglaterra. Es reconocido como un representante del realismo primitivo, pues retrató de modo costumbrista la vida del viejo Oeste, cuya influencia se vería en el cine norteamericano de inicios del siglo XX.

Entre sus obras más representativas podemos mencionar *Gabriel Conroy* (1876), *Relatos californianos* (1878), *Croquis americanos* (1886), *En los bosques de Carniquez* (1883) y *Los desterrados de Poker Flat* (1869), en los que describió a muchos personajes como buscadores de oro californianos rufianes, tramposos, vaqueros, ganaderos y *sheriffs*, con lo cual perfiló un nuevo subgénero literario del «lejano Oeste».

Falleció en 1902, en Surrey, Inglaterra.

Historias salvajes del Oeste
Bret Harte

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuellar
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LA LEYENDA DEL MONTE DEL DIABLO

El lector precavido detectará cierta falta de autenticidad en las páginas siguientes. Yo no soy, por mi parte, un lector precavido, pero reconozco con cierta desazón que los documentos que sustentan el insólito incidente que me dispongo a relatar son escasos. Las imprecisas fuentes que lo avalan han sido memorandos desarticulados, actas de ayuntamientos y de las primeras juntas vecinales y demás archivos de un pueblo primitivo y supersticioso. No obstante, solo deseo dejar constancia de que, aunque este relato en concreto adolezca de falta de corroboración fehaciente, en el registro exhaustivo que he hecho en los archivos españoles de la Alta California, he hallado crónicas mucho más sorprendentes e increíbles certificadas por testigos y con aportación de pruebas hasta el extremo de despejar toda duda o reparo en lo que a esta leyenda se refiere. Por otra parte, añado que jamás he perdido la fe en ella y por este motivo he sacado gran provecho del ejemplo de diversos reclamantes de mercedes de tierras, que a menudo han rivalizado conmigo en sus búsquedas de cariz más práctico y que cuentan con mi sincera comprensión ante el escepticismo de un mundo moderno, realista y práctico.

Muchos años después de que fray Junípero Serra tocara la campanilla por primera vez, en las tierras vírgenes de la Alta California, el espíritu que animaba al fraile aventurero seguía intacto. La conversión de infieles progresaba rápidamente con el establecimiento de misiones en todo el territorio. Los bondadosos padres se entregaban a la tarea con tanta diligencia que no tardaron en aparecer cabañas de adobe alrededor de las aisladas capillas, y sus moradores, salvajes cubiertos de barro, participaban regularmente de las vituallas de los piadosos anfitriones y, de vez en cuando, también de los sacramentos. Y, lo que es más, las conversiones progresaban a tal velocidad que, según las crónicas, un padre entusiasta administró la eucaristía un domingo por la mañana a «más de tres mil salvajes infieles». No es de extrañar que el enemigo de las almas, indignado por este motivo y alarmado por la merma de su influencia, sometiera a estos santos padres a graves tentaciones y grandes pruebas, como veremos a continuación.

Sin embargo, en California corrían tiempos felices y pacíficos. Las quillas aventureras del entrometido comercio todavía no habían agitado las aguas graves y majestuosas de sus golfos. No existían básculas públicas

ni barrancos aserrados que delataran la posible existencia de tesoros dorados. La avena silvestre se inclinaba, indolente, bajo el calor de las mañanas o forcejeaba con las brisas de la tarde. El ciervo y el antílope campaban por la llanura. Los ríos descendían bravíamente, siempre por el mismo cauce, sin soñar jamás con desviarse de su curso. No se conocían todavía las maravillas de las Yosemite y las Calaveras. Los santos padres no reparaban en el paisaje, sino para admirar la prodigalidad bárbara con que la tierra, rauda, les compensaba la siembra. Una nueva conversión, la llegada del día de un santo o el bautizo de un niño indio se convertían inmediatamente en la noticia y la maravilla de la jornada.

En esta época dichosa vivía en la misión de San Pablo el padre José Antonio Haro, un honorable hermano de la Compañía de Jesús. Era un hombre alto y cadavérico. Una historia de visos románticos confería cierto atractivo poético a su lúgubre rostro. En sus años mozos, siendo estudiante en la famosa Salamanca, se prendó de los encantos de doña Carmen de Torrencevara, a la que veía pasar por la mañana de camino a la iglesia. Circunstancias adversas, quizá precipitadas por un pretendiente más acaudalado, llevaron este enamoramiento al desastre,

y el padre José profesó en un monasterio haciendo el consiguiente voto de celibato. Allí fue donde su fervor natural y su entusiasmo poético tomaron forma de vocación misionera. A la frívola pasión terrenal sucedió el anhelo de convertir salvajes infieles, y a todas horas lo poseía el deseo de conocer espesuras desconocidas y de ahondar en ellas. En la viveza de su mirada y en su sombría apariencia se detectaba una singular mezcolanza de la discreción de Las Casas, y la impetuosidad de Balboa. Impulsado por su celo piadoso, el padre José se puso en camino con una caravana de pioneros cristianos. Al llegar a México, obtuvo licencia para fundar la misión de San Pablo. Igual que había hecho el buen Junípero, y en la única compañía de un acólito que también le hacía las veces de arriero, quitó la silla a las mulas en un oscuro cañón y tocó su campanilla en medio de las tierras vírgenes. Los salvajes (una raza pacífica, inofensiva e inferior) acudieron a la llamada. El puesto militar más cercano se encontraba lejos, circunstancia que contribuyó en gran medida a la salvaguarda de estos piadosos peregrinos, que descubrieron que su actitud abierta y confiada, así como su amabilidad, eran mejor defensa contra la hostilidad que la presencia de una soldadesca armada, sospechosa y pendenciera. Y así, el

buen padre José oficiaba maitines y prima, la misa y las vísperas en el mismísimo corazón del pecado y la falta de fe, procurando únicamente por la prosperidad y el progreso de la Santa Iglesia. Enseguida comenzaron las conversiones y el 7 de julio de 1760, recibió el bautismo el primer niño indio, acontecimiento que, en palabras del piadoso padre José, «excede en riqueza al oro, las piedras preciosas o la Ofir del rey Salomón». Cito esta anécdota porque ilustra ejemplarmente el conglomerado genial de poesía y piedad que caracterizaba los escritos del padre José.

La misión de San Pablo progresó y prosperó hasta el extremo de que el piadoso fundador, a imitación del infiel Alejandro, habría podido lamentarse de que no quedaban mundos infieles por conquistar. Pero su espíritu ardiente y entusiasta no podía remansarse mucho tiempo en una ociosidad que se le antojaba engendradora de pecado, y así, una buena mañana de agosto del año de gracia de 1770, partió del patio exterior del edificio de la misión en busca de nuevas tierras en las que fundar nuevas misiones.

Nada tan serio, discreto y humilde como la pequeña cabalgata que partió. Abría la marcha un arriero fornido

que llevaba una mula de carga con provisiones para la compañía, además de unos cuantos crucifijos sencillos y cascabeles. Detrás marchaba el devoto padre José, con su breviario y su cruz y un manto echado sobre los hombros; a los flancos trotaban sendos conversos morenos, que anhelaban mostrar su regeneración con hechos sirviendo de guías en las tierras vírgenes de sus hermanos infieles. Su nueva condición se percibía en la grata ausencia de la capa de barro que en su anterior estado se aplicaban, creyendo que los protegía del frío y las picaduras. Hacía una mañana luminosa y propicia. Antes de la partida se había oficiado misa en la capilla y se había invocado la protección de san Ignacio contra toda contingencia adversa, pero sobre todo contra los osos que, como los fieros dragones de la antigüedad, parecían cultivar una hostilidad insalvable contra la Santa Madre Iglesia.

Mientras avanzaban por el cañón, los pajarillos alegraban el paisaje desde las ramas y la maleza y sobrias codornices piaban en los alisos; los arroyos, flanqueados por sauces, cantaban con voces cristalinas y la alta hierba susurraba en las faldas de la montaña. Al adentrarse en el desfiladero, se levantaron sobre ellos grandes pinares y algún que otro madroño aislado sacudía sus brillantes

frutos rojos. De vez en cuando, subiendo por alguna de las empinadas pendientes, el padre José recogía fragmentos de escoria, que evocaban en su imaginación funestos volcanes y terremotos inminentes. Para la mentalidad menos científica del arriero Ignacio, tenían un significado aún más aterrador y en un par de ocasiones, olisqueando el aire con suspicacia, anunció que olía a azufre. Y así transcurrió la primera jornada del viaje y, por la noche, acamparon sin haber hallado un solo infiel.

Fue esa primera noche cuando el enemigo de las almas, tomando una forma atroz, se le apareció a Ignacio. Se había retirado a un rincón recoleto del campamento y se había postrado de hinojos para orar y meditar, cuando levantó la vista y vio al archienemigo en forma de un oso monstruoso. El maligno estaba sentado sobre los cuartos traseros justo enfrente de él, con las zarpas delanteras juntas por debajo del negro hocico. Al percibir que esta notable actitud era para burlarse y reírse de su devoción, el buen arriero se dejó llevar por la furia. Cogió un arcabuz, cerró los ojos un instante y disparó. Cuando se hubo recuperado de los efectos de la tremenda descarga, la aparición había desaparecido. El padre José se despertó con la detonación y al momento se presentó justo a

tiempo para afear al arriero, el desperdicio de pólvora y munición en un enfrentamiento con aquel, al que habría podido espantar con una simple avemaría. No se sabe hasta qué punto llegó a creer lo que Ignacio le contó, pero, en memoria de una digna costumbre californiana, el lugar se llamó Cañada de la Tentación del Pío Muletero o, lo que es lo mismo, del Piadoso Arriero, nombre que ha llegado hasta nuestros días.

A la mañana siguiente, al salir de una estrecha garganta, la compañía llegó a un valle largo, reseco y arrasado por el calor abrasador, sin una sola sombra. El valle se perdía en la borrosa línea de unos alcores que, uniéndose y cerrándose en la parte alta, levantaban un baluarte imponente contra el viento del norte. En la cima de este espolón tremendo, una nube algodonosa ondeaba como un estandarte. El padre José se quedó mirándola con respeto y admiración. Por una coincidencia singular, el arriero Ignacio pronunció una sola palabra: «¡Diablo!».

A medida que se adentraban en el valle empezaron a echar de menos la vida amena, y los amigables ecos del cañón que habían dejado atrás. Grandes fisuras se abrían en la tierra reseca como bocas sedientas. Algunas ardillas

surgían del suelo misteriosamente y desaparecían con la misma inmediatez delante de las mulas y sus cascabeles. Un lobo gris trotaba a su aire un poco más adelante, pero el padre José, mirara donde mirase, solo veía la inamovible montaña. Parecía cobijar una vida más fresca y vigorizante, fuera del seco y árido valle. Al pie se distinguían sombras cavernosas; en la falda, rocas intrincadas y, a ambos lados, enormes elevaciones negras divergían como raíces inmensas de un tronco central. Su viva imaginación se las pintó pobladas por una raza de salvajes inteligentes y majestuosos; y, contemplando el futuro, también se figuró una cruz monstruosa coronando la cúpula de la cumbre. El arriero tenía unas sensaciones muy diferentes, pues en esas terribles soledades solo veía dragones feroces, osos colosales y sendas abrumadoras. Los conversos, Concepción y Encarnación, que andaban modestamente al lado del padre, tal vez reconocieran manifestaciones de su antigua y extraña mitología.

Llegaron al pie de la montaña al anochecer. El padre José descargó las mulas, rezó las vísperas y, tocando formalmente la campanilla, convocó a los gentiles que la oyeran a acercarse para abrazar la santa fe. Los negros y ceñudos montes que los rodeaban recogieron la piadosa

invitación, que el eco repitió regularmente; pero aquella noche no apareció ningún gentil. Tampoco el arriero sufrió interrupciones mientras oraba, aunque después afirmó que, cuando el padre concluyó la exhortación, se oyó una risa burlona en la montaña. Completamente ajeno a estas intuiciones de la hostil proximidad del maligno, el padre José anunció su intención de subir la montaña con las primeras luces del alba; al día siguiente, antes de que rayara el sol, ya estaba guiando la marcha.

Encontraron muchos tramos difíciles y peligrosos. A veces topaban con moles rocosas que cerraban el paso y, después de unas horas, se vieron obligados a dejar las mulas en una pequeña hondonada y seguir ascendiendo a pie. El padre José, que no estaba acostumbrado a tan enormes esfuerzos, se detenía a menudo para secarse el sudor de las delgadas mejillas. Con el paso de las horas, un extraño silencio los oprimía. No se veían más señales de vida que el rumor esporádico de las patas de una ardilla o el crujir de los chaparrales. De vez en cuando aparecía delante de ellos la huella antropomorfa de un oso, e Ignacio, al verla, siempre se santiguaba piadosamente. A veces los engañaba un goteo entre las rocas y, al acercarse a mirar, no hallaban sino un líquido resinoso y oleoso

que olía abominablemente a azufre. Cuando no quedaba mucho para llegar a la cima, el discreto Ignacio eligió un rincón abrigado para acampar, se hizo a un lado y se ocupó de los preparativos para la noche, mientras el padre seguía subiendo solo. Nunca se vio cautela más irreflexiva ni precaución tan imprudente. El padre José, inmerso en piadosas reflexiones, no se percató de que lo perdían y siguió subiendo mecánicamente hasta alcanzar la cima; allí se tumbó a contemplar la perspectiva.

Abajo se extendía una sucesión de valles comunicados entre sí, como lagos lisos hasta perderse de vista por el sur. Hacia el oeste, la lejana cadena montañosa ocultaba la misión de San Pablo. A lo lejos se divisaba el océano Pacífico, con una nube de niebla sobre sus entrañas que avanzaba por la entrada del golfo y se movía, espesa, entre él y el noroeste; esa misma niebla cubría el pie de la montaña y la vista de más allá. De todas maneras, de vez en cuando el velo esponjoso se dividía tímidamente y se entreveían encantadores atisbos de grandes ríos, desfiladeros entre montañas y extensas planicies cubiertas de avena madura, que se bañaban en la luz del sol poniente. Mientras contemplaba estas cosas sintió un anhelo piadoso. Con tantas ideas entusiastas como

concebía, se imaginaba toda aquella enorme extensión reunida bajo la dulce influencia de la santa fe, poblada de fervorosos conversos, con una capilla en lo alto de cada montículo y los blancos muros de un edificio de la misión en cada oscuro *cañón*. Espoleado por el entusiasmo y adentrándose en el porvenir, contempló el surgimiento de una nueva España en aquellas costas salvajes. Ya veía las agujas de solemnes catedrales, las cúpulas de palacios, viñedos, jardines y arboledas. Conventos semiocultos entre las montañas que asomaban entre plantaciones de frondosos limeros; largas procesiones de monjas desfilaban cantando entre las quebradas. Tan completa era la idea que el buen padre se hacía fundiendo el futuro con el pasado que llegó a oír el acento de Carmen entre las voces corales. Estaba sumido en estas fantasías caprichosas cuando de pronto, sobre la gran perspectiva, se oyó el tañido lejano de una campana triste que enseguida murió. Era la hora del ángelus. Se quedó oyéndolo con una exaltación supersticiosa. La misión de San Pablo se encontraba lejos: por lo tanto, esa campana debía de ser un presagio milagroso. Pero jamás, en su entusiasmo, la dulce gravedad de este símbolo angelical se le había presentado con tan extraño significado. Con la última y débil campanada se le enfrió la brillante imaginación: la

niebla se cerró a sus pies y el buen padre recordó que no había cenado. Se levantó, y se estaba echando el manto por encima cuando por primera vez se dio cuenta de que no estaba solo.

Casi enfrente, donde tendría que haber estado el descreído Ignacio, vio una figura severa y decorosa. Parecía un hidalgo anciano vestido de luto, con mostachos grises como el acero, cuidadosamente encerados y retorcidos a ambos lados, de unas mandíbulas finas. El sombrero monstruoso con la prodigiosa pluma, la gorguera enorme y las exageradas calzas, en contraste con el cuerpo enjuto y marchito, pertenecían al siglo anterior. Sin embargo, el padre José no se asombró. La vida de aventuras y la imaginación poética, que siempre buscaba lo maravilloso, le daban ventaja sobre las mentalidades prácticas y materiales. Al instante detectó la naturaleza diabólica del visitante, y estaba preparado. Respondió al saludo del caballero con la misma frialdad y cortesía que él.

—Su paternidad sabrá disculpar —dijo el desconocido— que interrumpa su meditación, que ha debido de ser gozosa e imaginativa, colijo, por el hermoso porvenir que la ha inspirado.

—Mundanal tal vez, señor Diablo, pues tal creo que eres —respondió el santo padre, en tanto el desconocido se inclinaba barriendo el suelo con la pluma—, mundanal tal vez; pues confío en que, aunque en nuestro estado de regeneración el Cielo haya querido conservarnos gran parte de lo que a la carne pertenece, no por ello debemos dejar de procurar por la prosperidad de la Santa Iglesia. Al contemplar esta hermosa tierra, se me ha concedido la gracia de abrir los ojos a la inspiración profética y se me ha revelado maravillosamente la promesa de abundancia de infieles. No puede faltar diligencia en la verdadera fe, por lo que se comprende que la conversión de estos infieles tiene significado. Como señala discretamente san Ignacio bendito —prosiguió el padre José aclarándose la garganta y levantando un poco la voz—, «los infieles llenan de alborozo el corazón de los guerrilleros de Cristo tanto como a los marineros descubrir perlas valiosas». Y, lo que es más, podría decirse… Pero aquí, el desconocido, que había estado frunciendo el ceño y retorciéndose los mostachos con gentil paciencia, aprovechó la pausa para intervenir.

—Mucho lamento, su paternidad, interrumpir su elocuente discurso con tanta descortesía como antes

interrumpí su meditación, pero el día ya se ha tornado noche. Tengo un asunto de importancia capital que tratar con usted y quisiera que me concediera unos breves momentos.

El padre José vaciló. La tentación era grande, la idea de adquirir algún conocimiento de los planes del gran enemigo no era cosa desdeñable. Y, en honor a la verdad, hay que reconocer que la decorosa actitud del desconocido lo intrigaba. Aunque conocía perfectamente las capacidades proteicas del archienemigo para cambiar de forma, y se sabía libre de las debilidades de la carne, no estaba exento de las tentaciones del espíritu. Si el demonio se le hubiera aparecido en forma de bella dama, como en el caso del piadoso san Antonio, el buen padre, con su sólida experiencia del engañoso sexo, la habría despachado en lo que se tarda en rezar un padrenuestro. Pero, además de la deferencia debida a las canas, el desconocido tenía una tristeza profunda, una conciencia respetuosa de encontrarse en franca desventaja moral, que enseguida lo persuadieron de actuar con magnanimidad.

El desconocido procedió a informarle de que había observado diligentemente los triunfos del santo padre

en el valle; que, lejos de estar muy alarmado por ello, le había dolido ver a tan entusiasta y caballeroso rival malgastando energías en un trabajo inútil. Pues, puntualizó, la cuestión de la gran batalla entre el bien y el mal se había solucionado de otro modo, como le mostraría a continuación.

—Solamente nos ocupará unos momentos de la noche —prosiguió— y, como bien sabe, me han sido dados poderes absolutos sobre este intervalo del anochecer. Mire hacia el oeste.

Al tiempo que el padre se volvía, el desconocido se quitó el enorme sombrero y lo agitó tres veces delante de él. A cada pase de la prodigiosa pluma, la niebla se disipaba un poco, hasta desaparecer por completo, y reapareció el paisaje de antes, pero caldeado por el sol. Mientras el padre miraba, una música marcial se elevó desde el valle y el buen fraile vio aparecer por un cañón profundo y largo un desfile de galantes caballeros ataviados de la misma guisa que su compañero. A medida que avanzaban por el llano, se les unían otros tantos más que salían poco a poco de todas las quebradas y cañones de la misteriosa montaña. De vez en cuando,

sin regularidad, se oía una trompeta en el aire; la cruz de Santiago destellaba y las reales enseñas de Castilla y Aragón ondeaban sobre la columna en movimiento. Y se dirigieron solemnemente hacia el mar, donde, a lo lejos, el padre José divisó unas regias carabelas que, con las mismas enseñas, los aguardaban. El buen padre miraba con emociones contradictorias, hasta que la voz grave del desconocido rompió el silencio.

—Su paternidad ha contemplado las últimas huellas de la intrépida Castilla. Has visto la decadencia de la gloria de la vieja España, decadencia como la del brillante sol que allá se pone. El cetro que arrebató a los infieles cae ahora de su mano decrépita y descarnada. Los niños que prohijó ya no la conocerán. Las tierras que ganó las perderá tan irrevocablemente como ella misma expulsó a los moros de su Granada.

El desconocido hizo una pausa, su voz pareció desgarrarse de emoción; al mismo tiempo, el padre José, cuyo corazón compasivo añoraba las enseñas que partían, gritó en tono conmovedor:

—¡Vayan con Dios, galantes caballeros y soldados cristianos! ¡Ve con Dios, Núñez de Balboa! ¡Ve con Dios,

Alonso de Ojeda! ¡Y tú, el más venerable, Las Casas! ¡Vayan con Dios y que el cielo haga prosperar la semilla que dejas atrás!

Después, volviéndose al desconocido, lo miró gravemente, sacó un pañuelo de bolsillo del guardamano de su estoque y se lo llevó decorosamente a los ojos.

—Su paternidad disculpe esta debilidad —se excusó el caballero—, pero esos dignos caballeros eran amigos míos y han hecho para mí un sinnúmero de delicados servicios… acaso muchos más que los que representan estos pobres lutos —añadió, señalando con gesto adusto las negras prendas que llevaba.

El padre José estaba tan ensimismado en sus reflexiones que no comprendió la doblez del halago y, después de un silencio, dijo, como siguiendo el hilo de sus pensamientos:

—Pero la semilla que han plantado medrará y prosperará en esta tierra fecunda.

Como respondiendo a un interrogatorio, el desconocido se volvió en dirección contraria y, agitando de nuevo el sombrero, dijo en el mismo tono grave:

—¡Mire hacia el este!

El padre se volvió y, al abrirse la niebla con los movimientos de la pluma, vio que el sol salía. Con los rayos luminosos, de entre los pasos de las montañas nevadas del otro lado empezó a aparecer una multitud variopinta. En vez de los rostros oscuros y románticos del desfile anterior, el padre descubrió con singular preocupación los ojos azules y los claros cabellos de la raza sajona. En lugar de aires marciales y voces musicales, llegó a sus oídos una extraña algarabía de sonidos guturales y singulares siseos. En vez del paso contenido y el porte majestuoso de los caballeros de la visión anterior, estos subían empujándose, alborotando, jadeando y fanfarroneando. Y a su paso caían árboles gigantes como si de un huracán se tratara, y las entrañas de la tierra se abrían y se desgarraban convulsamente. El padre José buscaba en vano la santa cruz o algún símbolo cristiano; no había nada más que algo semejante a una enseña, y se persignó con santo horror al ver que llevaba la efigie de un oso.

—¿Quiénes son estas hordas ismaelitas? —preguntó con cierta aspereza. El desconocido guardó un grave silencio.

—¿Qué hacen aquí, sin cruces ni símbolos sagrados? —insistió.

—¿Tiene su paternidad valor para verlo? —respondió el desconocido en voz baja.

El padre José se tocó el crucifijo como tocaría su estoque un viajero solitario, y asintió.

—Póngase a la sombra de mi pluma —dijo el desconocido.

El padre José se puso a su lado y al instante se hundieron en la tierra.

Cuando abrió los ojos, que había cerrado para orar mientras descendían rápidamente, se encontró en una bóveda colosal cuajada de puntos luminosos como un firmamento estrellado. También se percibía un resplandor amarillo que parecía provenir de un gran lago o mar que ocupaba el centro de la estancia. Alrededor de

este mar subterráneo iban y venían unas figuras oscuras que portaban cazos llenos de un líquido amarillo que recogían de las profundidades. De este lago salían ramales del mismo líquido misterioso, que se perdían como ríos poderosos en la cavernosa distancia. Al pasar por las orillas de esta Estigia brillante, el padre José observó que el río líquido se volvía sólido en algunas partes. El suelo estaba cubierto de copos luminosos. El padre cogió uno y lo examinó con curiosidad. Era oro puro.

Una expresión de turbación le entristeció el rostro al descubrirlo, pero en la actitud del desconocido no había rastro de malicia ni de satisfacción, sino que estaba inmóvil, mirando con gravedad fatalista. Cuando el padre José recobró la ecuanimidad, dijo amargamente:

—Así pues, señor Diablo, ¡esta es tu obra! ¡Este es el cebo engañoso con que atraes a las almas débiles de las naciones pecadoras! ¡Con esto reemplazarás la gracia cristiana de la santa España!

—Así es como tendrá que ser —respondió sombríamente el desconocido—, pero, verá, señor fraile: de usted depende evitarlo una temporada. Déjeme en paz aquí. Vuelva a Castilla y llévese sus campanillas, sus

santos, sus misiones. Si se queda, lo único que conseguirá es precipitar lo inevitable. ¡Aguarde! Prométame que lo hará, y no le faltará una vejez honorable que será como una bendición —Le dijo, y señaló el lago significativamente.

Fue en este momento, según cuenta discretamente la leyenda, cuando el diablo enseñó su pezuña, como siempre acaba haciendo tarde o temprano. El digno padre, profundamente perplejo por la triple visión y, en honor a la verdad, un tanto molesto por que a la santa España se le arrebatara la gloria del descubrimiento de esta forma, vaciló. Pero el infortunado soborno del enemigo de las almas hizo mella en el espíritu castellano. Retrocediendo con indignación, alzó el crucifijo ante el enemigo desenmascarado y, con una voz que resonó en la tenebrosa bóveda, gritó:

—¡*Vade retro*, Satanás! ¡Te desafío, diablo! ¿Cómo te atreves a sobornarme a mí? ¡A mí… que soy hermano de la santa Compañía de Jesús, licenciado de Córdoba e inquisidor de Guadalajara! ¿Crees que puedes comprarme con tu sórdido tesoro? ¡*Vade retro*!

Jamás sabremos cómo habría podido concluir este arrebato y hasta qué punto el santo padre habría triunfado

sobre el archienemigo, que retrocedía con espanto al oír tan santos títulos y ante el floreo del símbolo, pues en ese instante el crucifijo se le cayó de las manos.

Apenas había llegado al suelo cuando el diablo y el santo padre se lanzaron a recogerlo al mismo tiempo. En el forcejeo se agarraron, y el piadoso José, muy superior a su enemigo en fuerza física y espiritual, estaba a punto de propinarle una voltereta hacia atrás cuando de pronto se le clavaron en la carne las largas pezuñas del rival. Un temor desconocido le anegó el corazón, un frío paralizante le entumeció los miembros, y luchó para liberarse, pero en vano. Un extraño aullido le pitaba en los oídos, el lago y la caverna daban vueltas, hasta que desaparecieron y, con un fuerte grito, se desplomó en el suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, notó un suave balanceo en el cuerpo. Abrió los ojos y vio que el sol estaba en su cenit y que lo llevaban por el valle en litera. Se encontraba rígido y, al mirar hacia abajo, vio que tenía el brazo fuertemente vendado a un costado.

Cerró los ojos y, después de una breve oración de agradecimiento, pensó que se había salvado

milagrosamente y prometió unas velas a san José. Después llamó con voz débil al penitente Ignacio, que al punto se presentó a su lado.

Fue tal el júbilo que embargó al pobre hombre al ver que su señor había vuelto en sí que tardó un poco en poder hablar. Solamente fue capaz de decir:

—¡Milagro! ¡Bendito seas, san José! ¡Está vivo!

Y besó la mano vendada del padre. El padre José, más pendiente de los sucesos de la víspera, esperó a que se le pasara la emoción para preguntarle dónde lo habían hallado.

—En la montaña, reverencia, a poca distancia de donde le atacó.

—¿Cómo? Entonces ¿lo viste? —preguntó el padre con franco asombro.

—¡Lo vi, reverencia! ¡Virgen Santa, ya lo creo que lo vi! Y su reverencia también lo verá, si osa volver y ponerse a tiro del arcabuz de Ignacio.

—¿Qué significa eso, Ignacio? —preguntó el padre sentándose de pronto en la litera.

—Pues, el oso, reverencia… el oso, santo padre, el que atacó a su santa persona mientras meditaba en la cima de aquella montaña.

—¡Ah! —dijo el santo padre, y volvió a tumbarse—. ¡Chitón, pequeño! Quisiera descansar.

Al llegar a la misión, le prodigaron tiernos cuidados y a las pocas semanas ya estaba en condiciones de volver a los deberes de los que, como se verá, ni las maquinaciones del maligno pudieron distraerlo. La noticia de su estado de salud corrió por todo el país y, más tarde, el obispo de Guadalajara dispuso de una crónica confidencial y pormenorizada de la tentación espiritual del buen padre. Pero la historia llegó a saberse y, mucho después de que José se reuniera con sus padres, el misterioso encuentro dio pie a narraciones escalofriantes que se contaban en voz baja. Las gentes evitaban frecuentar aquella montaña. Es cierto que el señor Joaquín Pardillo compró más adelante una concesión cerca del pie de la montaña, pero se sabía que era un mestizo feroz y, al parecer, no excesivamente escrupuloso.

Esta es la leyenda del Monte del Diablo. Como ya he dicho, puede que adolezca de falta de corroboración. Las discrepancias entre la crónica del padre y lo relatado aquí han dado pie a cierto escepticismo entre los más quisquillosos. Yo me remito sencillamente al informe del señor Julio Serro, viceprefecto de San Pablo, ante el que se dio fe de lo que aquí se ha expuesto. De este asunto, el digno prefecto hace la siguiente observación: «Aunque en el cuerpo del padre José se ha hallado prueba de herida grave, eso no demuestra que el enemigo de las almas, que podía presentarse bajo la forma de un decoroso *caballero* de edad, no pudiera transformarse al mismo tiempo en un oso para alcanzar sus viles propósitos».

DE CÓMO SANTA CLAUS VISITÓ SIMPSON'S BAR

Había llovido en el valle del Sacramento. El North Fork se había desbordado y el arroyo Rattlesnake era infranqueable. Las pocas rocas que habían señalado en verano el vado en el paso Simpson estaban cubiertas por una enorme capa de agua que se extendía hasta la ladera de las montañas. La posta se había detenido en Grangers; el jinete se había visto obligado a abandonar el último correo en las marismas y se había puesto a salvo a nado. «Una zona —observó el Sierra Avalanche, con meditabundo orgullo local— tan grande como el estado de Massachusetts está ahora bajo el agua».

El tiempo no era mucho mejor al pie de las montañas. La carretera estaba enfangada; carretas que ni la fuerza física ni las reprensiones morales podían apartar de sus malas costumbres bloqueaban el paso, y el camino a Simpson's Bar estaba jalonado por reatas de mulas exhaustas, juramentos y blasfemias. Y más allá, apartado e inaccesible, destartalado bajo la lluvia, golpeado por los fuertes vientos y amenazado por las aguas, el asentamiento de Simpson's Bar, el día de Nochebuena de 1862, se aferraba como un nido de golondrina a la rocosa entabladura y a los astillados *capiteles* de Table Mountain, estremecido por la tempestad.

Cuando cayó la noche sobre el asentamiento, unas pocas luces centellearon entre la neblina desde las ventanas de las cabañas a ambos lados de la carretera atravesada por anárquicos riachuelos e imprevisibles ráfagas de viento. Por suerte la mayor parte de la población se había refugiado en el almacén de Thompson, en torno a una estufa en la que escupía sin decir palabra, en una especie de comunión social que hacía innecesaria la conversación. De hecho, hacía tiempo que se habían agotado las diversiones en Simpson's Bar; la crecida de las aguas había suspendido las actividades habituales en el barranco y en el río, y la consiguiente falta de *whisky* y de dinero había dejado sin chispa casi todos los entretenimientos ilegítimos. Hasta el señor Hamlin se alegró de marcharse con cincuenta dólares en el bolsillo —la única cantidad que pudo conservar de las grandes sumas ganadas en el fructífero ejercicio de su fatigosa profesión. «Si me pidieran —observó tiempo después— que escogiese un pueblecito, animado y populoso, para un jubilado a quien no le importase el dinero, diría Simpson's Bar; pero a un joven con una familia numerosa a su cargo, no le compensaría». Como la familia del señor Hamlin consistía solo en mujeres adultas, citamos sus palabras más para dejar constancia

de su sentido del humor que del verdadero alcance de sus responsabilidades.

Sea como fuere, los objetos inconscientes de esta sátira estaban esa noche dominados por una lánguida apatía fruto de la ociosidad y la falta de emociones. Ni siquiera los despertó el ruido de cascos delante de la puerta. Dick Bullen fue el único que dejó de limpiar la pipa y alzó la cabeza, pero nadie más mostró ningún interés, ni pareció reconocer al hombre que entró.

Era una figura familiar para todos, conocida en Simpson's Bar como el Viejo. Un hombre de unos cincuenta años, de cabello escaso y entrecano, pero con la tez todavía joven y lozana. Un rostro de una simpatía no excesivamente jovial y con una capacidad camaleónica para adoptar el tono y el color del humor y los sentimientos de sus acompañantes. Era evidente que acababa de despedirse de unos amigos alegres, y al principio no reparó en la seriedad del grupo, por lo que le dio una cordial palmada en el hombro al hombre que tenía más cerca y se desplomó en una silla vacía.

—¡Me acaban de contar una historia buenísima, muchachos! ¿Conoces a Smiley, Jim Smiley, el tipo más

gracioso de Simpson's Bar? Pues bien, nos ha contado una historia divertidísima sobre…

—Smiley es un… imbécil —Le interrumpió una voz lúgubre.

—Un… canalla —añadió otra voz en tono sepulcral.

Un silencio siguió a aquellas afirmaciones. El Viejo recorrió el grupo con la mirada. Luego su rostro cambió poco a poco.

—Es cierto —dijo en tono pensativo, después de una pausa—, es un poco canalla y bastante imbécil, claro —calló un instante, como si considerara la imbecilidad y las canalladas del impopular Smiley—. Hace un tiempo de perros, ¿eh? —añadió, dejándose arrastrar por el sentimiento predominante—. Pinta mal y no habrá mucho dinero estos días. Y mañana es Navidad.

Este anuncio causó cierta agitación entre los hombres, aunque no quedó claro si de satisfacción o de disgusto.

—Sí —continuó el Viejo, con el mismo tono lúgubre que había adoptado sin darse cuenta—, Navidad, y esta

noche es Nochebuena. No sé, muchachos, se me había ocurrido que… He pensado que tal vez les apeteciera pasaros por mi casa a tomar algo. Pero supongo que no quieren, ¿no? No tienen muchas ganas, ¿no? —añadió con preocupación mientras escrutaba el rostro de sus compañeros.

—Pues no sé —respondió Tom Flynn con cierta animación—. Puede que sí. Pero ¿y tu mujer, Viejo? ¿Qué dice ella?

El Viejo dudó. Su experiencia conyugal no había sido muy feliz, y en Simpson's Bar todo el mundo lo sabía. Su primera esposa, una mujercita guapa y delicada, había padecido en secreto los celos de su marido, que un día llevó a todo el asentamiento a su casa para que sus habitantes fuesen testigos de su infidelidad. Al llegar encontraron a la mujer, tímida y menuda, entretenida con las tareas domésticas y se volvieron avergonzados y desconcertados. Pero aquella criatura sensible no se recuperó con facilidad de tan extraordinario ultraje. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar la suficiente compostura para sacar a su amante del armario donde lo había escondido y fugarse con él. Dejó a un niño de tres

años para consolar a su afligido marido. La actual mujer del Viejo era su antigua cocinera. Una señora grande, leal y colérica.

Antes de que pudiera responder, Joe Dimmick observó con brusca franqueza que era «la casa del Viejo», apeló al derecho divino y añadió que él, en su lugar, invitaría a quien quisiera, aunque pusiera en peligro su salvación. Las potencias del mal, añadió, lucharían contra él en vano. Lo dijo con un convencimiento y un laconismo que se pierden necesariamente al contarlo.

—Por supuesto. Claro. Así es —dijo el Viejo con un gesto comprensivo—. No pasará nada. Es mi casa, la construí yo mismo. No te preocupes por ella, muchachos. Tal vez se enfade un poco, pero seguro que acabará entrando en razón.

El Viejo confió en secreto en la exaltación del alcohol y la fuerza de un ejemplo valeroso para ayudarle en semejante contingencia.

Dick Bullen, el oráculo y líder de Simpson's Bar, aún no se había pronunciado. Se quitó la pipa de los labios.

—Viejo, ¿qué tal está tu Johnny? La última vez que lo vi en el barranco tirándoles piedras a los chinos no parecía muy animado. Ayer se ahogaron unos cuantos en el río y pensé en Johnny y en lo mucho que los iba a echar de menos. ¿No se estará poniendo enfermo?

El padre, claramente tocado no solo por la emotiva descripción de la pérdida de Johnny, sino por la conmovedora consideración, se apresuró a asegurarle que Johnny estaba mejor y que: «un poco de diversión podría animarlo». Al oírlo, Dick se puso en pie, se desperezó y dijo:

—Pues por mí que no sea. Vamos, Viejo.

Él mismo se puso en cabeza de un salto y, con un gruñido característico, se internó en la noche. Al pasar por la habitación de fuera cogió un tronco encendido de la chimenea. El resto del grupo siguió sus pasos, empujándose y dándose codazos, y, antes de que el sorprendido propietario del almacén de Thompson fuese consciente de la intención de sus invitados, la sala quedó vacía.

La noche estaba oscura como la brea. La primera ráfaga de viento apagó sus antorchas improvisadas, y solo las brasas rojas que danzaban en la oscuridad como fuegos fatuos ebrios indicaban su paradero. El camino los llevó por el cañón de Pine-Tree, en cuya cabecera había una cabaña baja, cubierta de corteza y excavada en la ladera de la montaña. Era el hogar del Viejo, y la entrada al túnel donde trabajaba, cuando trabajaba. El grupo se detuvo un instante, por deferencia a su anfitrión, que llegó jadeando detrás.

—Será mejor que esperes un segundo mientras entro a comprobar que todo está en orden —dijo el Viejo con una indiferencia muy poco sincera.

Su idea fue aceptada con magnificencia, la puerta se abrió y se cerró para dejar pasar al anfitrión, los demás esperaron con la espalda contra la pared debajo del alero y escucharon.

Por un instante solo se oyó el goteo del agua en los aleros y el roce de las ramas sobre sus cabezas. Luego los hombres se intranquilizaron y empezaron a susurrar con suspicacia: «¡Debe de haberle partido el cráneo de un golpe!». «¡O lo ha metido en el túnel y ahora no le

deja salir!». «Lo habrá tirado al suelo y estará sentada encima». «A lo mejor está buscando algo para tirárnoslo a la cabeza, ¡apártense de la puerta, muchachos!». Pues justo en ese momento se oyó correr el pestillo, se abrió despacio la puerta y una voz dijo:

—Entren, no se queden ahí bajo la lluvia.

No era la voz del Viejo ni la de su mujer, sino la de un niño pequeño, con los débiles agudos quebrados por esa aspereza sobrenatural que solo puede ser obra del vagabundeo y la necesidad de demostrar tu valía antes de tiempo. El rostro que les miró era el de un niño, un rostro que podría haber sido hermoso e incluso refinado, pero que estaba ensombrecido por dentro por las malas ideas y por fuera por la suciedad y muchas vivencias difíciles. Llevaba una manta por encima de los hombros y era evidente que se acababa de levantar de la cama.

—Pasen —repitió—, y no hagan ruido. El Viejo está ahí hablando con mamá —continuó, señalando la habitación contigua, que parecía ser una cocina, donde se oía la voz del Viejo en tono desaprobatorio—. Déjame —le dijo quejoso a Dick Bullen, que lo había cogido en volandas con manta y todo y estaba haciendo ademán

de ir a echarlo al fuego—, suéltame, viejo idiota, ¿no me has oído?

Exhortado así, Dick Bullen dejó a Johnny en el suelo reprimiendo una risa, mientras los hombres iban entrando en silencio y se sentaban en torno a una larga mesa de toscos tablones que ocupaba el centro de la sala. Johnny fue muy serio a una alacena y sacó varias cosas que dejó sobre la mesa:

—Ahí hay *whisky*. Y galletas. Y arenques. Y queso —Dio un mordisco camino de la mesa—. Y azúcar —Cogió un puñado con la mano pequeña y muy sucia—. Y tabaco. También hay manzanas secas, aunque a mí no me gustan. Ya está todo —concluyó—, ahora esperen y no tengan miedo. Mamá no me asusta. A mí no me mangonea. Adiós.

Había cruzado el umbral de una habitación poco más grande que un armario, separada del resto de la casa y donde había una cama pequeña. Se quedó allí un momento mirando al grupo, con los pies descalzos asomándole por debajo de la manta y moviendo la cabeza.

—¡Eh, Johnny! No irás a acostarte otra vez, ¿verdad? —dijo Dick.

—Sí —respondió Johnny con decisión.

—¡Vaya! ¿Qué te ocurre, chico?

—Estoy enfermo.

—¡Enfermo!

—Tengo fiebre. Y sabañones. Y reumatismo —replicó Johnny, y desapareció en su cuarto. Al cabo de un momento añadió desde la oscuridad, en apariencia debajo de las mantas—: Y estoy de malas pulgas.

Se produjo un violento silencio. Los hombres se miraron y contemplaron el fuego. Pese al apetitoso banquete que tenían delante, daba la impresión de que fuesen a caer en el mismo desánimo que los había dominado en el almacén de Thompson cuando se oyó indiscreta la voz del Viejo que llegaba quejosa desde la cocina.

—Pues ¡Claro! Eso es. Sí, señor. Un hatajo de vagos y de borrachos, y el tal Dick Bullen es el peor de todos. No se les ocurre nada mejor que venir cuando no tenemos nada que ofrecerles y con un enfermo en casa. Y no será porque no se lo haya advertido: «Bullen —le dije—, no sé cómo se te ha podido ocurrir una idea semejante, o eres idiota o estás borracho como una cuba». «¿Y tú, Staples, te consideras un hombre y quieres ir a correrte una juerga bajo mi techo cuando hay enfermos en casa?». Pero han insistido en venir, no ha habido manera de disuadirles. ¿Qué se puede esperar de la gentuza de este asentamiento?

Una carcajada de los hombres siguió a tan desafortunado alegato. No sabría decir si se oyó en la cocina, o si la airada compañera del Viejo había agotado cualquier otro modo de expresar su desdeñosa indignación, pero alguien dio un violento portazo. Al momento, el Viejo volvió a aparecer sin ser ni remotamente consciente de la causa de aquel ataque de hilaridad y sonrió con amabilidad.

—Mi mujer ha decidido ir de visita a casa de la señora McFadden —explicó con desenvoltura e indiferencia al sentarse a la mesa.

Es curioso que hiciese falta ese desafortunado incidente para aliviar la vergüenza que empezaba a sentir el grupo, que recobró su audacia al llegar el anfitrión. No me propongo reproducir la diversión de la noche. El lector curioso se contentará si le digo que la conversación se caracterizó por la misma exaltación intelectual, la misma cauta reverencia, la misma meticulosa delicadeza, la misma precisión retórica y la misma lógica y coherencia en el discurso que distingue otras reuniones parecidas de individuos de sexo masculino en sitios más civilizados y bajo auspicios más favorables. Nadie rompió ninguna copa, porque no las había, y el alcohol escaseaba tanto que nadie lo derramó en el suelo ni en la mesa.

Era casi medianoche cuando se interrumpió el jolgorio. «¡Chis!», dijo Dick Bullen levantando la mano. Era la voz quejosa de Johnny desde la habitación de al lado: «¡Papá!».

El Viejo se levantó enseguida y desapareció en la habitación. Al cabo de un rato regresó.

—Le ha vuelto el reumatismo —explicó—, y quiere que le dé unas friegas.

Alzó la damajuana de *whisky* de la mesa y la agitó. Estaba vacía. Dick Bullen dejó su taza de lata en la mesa con una risa avergonzada. Y lo mismo hicieron los demás. El Viejo miró su contenido y dijo esperanzado:

—Supongo que bastará; no hace falta mucho. Espera un momento que ahora vuelvo.

Y desapareció en la habitación con una camisa vieja de franela y el *whisky*. La puerta no se cerró del todo y pudo oírse con claridad el siguiente diálogo:

—Bueno, hijo, ¿dónde te duele?

—A veces aquí y a veces aquí abajo; pero lo peor es de aquí a aquí. Frótame, papá.

Un silencio pareció indicar unas vigorosas friegas. Luego Johnny dijo:

—¿Lo está pasando bien, papá?

—Sí, hijo.

—Mañana es Navidad, ¿no?

—Sí, hijo. ¿Te encuentras mejor?

—Mejor frota un poco más. ¿Qué es eso de la Navidad? ¿En qué consiste?

—Pues es un día.

Esa definición tan exhaustiva debió de resultar muy convincente, pues se hizo un silencio mientras continuaban las friegas. Después Johnny volvió a hablar:

—Mamá dice que en todos los sitios menos aquí todo el mundo se hace regalos en Navidad. Y luego empezó a meterse contigo. Dice que hay un hombre llamado Santa Claus, no un blanco, sino una especie de chino, que se cuela por la chimenea la noche de antes de Navidad y les da cosas a los niños como yo. Y ¡que se las deja en las botas! Y quería que me tragase esa trola. Cuidado, papá, ¿dónde estás frotando…? No es ahí. Se lo ha inventado, ¿no?, para hacernos enfadar. No frotes ahí… ¡Cuidado, papá!

En el profundo silencio que pareció abatirse sobre la casa se oyó con suma claridad el suspiro de los pinos

cercanos y el gotear de las hojas. Johnny también bajó la voz antes de seguir:

—Puedes parar, ya me siento mejor. ¿Qué hacen los muchachos?

El Viejo entreabrió la puerta y se asomó. Sus invitados se estaban comportando con mucha educación y había unas monedas de plata y un monedero de piel sobre la mesa.

—Apostar, debe de ser algún juego. Están bien —replicó, y volvió a empezar con las friegas.

—Me gustaría jugar y ganar un poco de dinero —dijo meditativo Johnny, tras una pausa.

El Viejo repitió, sin demasiado convencimiento, la fórmula evidentemente familiar de que, si Johnny esperaba hasta que se hiciera rico, en el túnel tendrían mucho dinero, etcétera.

—Sí —insistió Johnny—, pero el momento no llega. Y ¿qué más da que tengas suerte o que lo gane yo? Es solo

cuestión de suerte. Pero eso de la Navidad es curioso, ¿no crees? ¿Por qué lo llaman así?

Tal vez por una deferencia instintiva a sus invitados, o por un vago sentido de la incongruencia, el Viejo respondió en voz tan baja que resultó inaudible fuera de la habitación.

—Sí —dijo Johnny, un poco menos interesado—. He oído hablar de él. Ya está, papá. Ya no me duele tanto. Ahora envuélveme en esa manta de ahí. Así. Y ahora —añadió con un susurro—, quédate a mi lado hasta que me quede dormido.

Para asegurarse de que le obedecía, sacó una mano por debajo de la manta, sujetó a su padre por la manga y volvió a acostarse.

El Viejo esperó con paciencia un rato. Luego el desacostumbrado silencio de la casa despertó su curiosidad y, sin apartarse de la cama, abrió con cuidado la puerta con la mano que tenía libre y se asomó a la sala principal. Para su infinita sorpresa la encontró oscura y vacía. Pero en ese momento se movió uno de los troncos

del hogar y las llamas revelaron la figura de Dick Bullen sentado junto a las brasas.

—¡Hola!

Dick dio un respingo, se levantó y se le acercó dando tumbos.

—¿Adónde han ido los muchachos? —preguntó el Viejo.

—Han salido a pasear un poco por el cañón. En un minuto pasarán a recogerme. Les estoy esperando. ¿Qué miras, Viejo? —añadió con una risa forzada—. ¿Crees que estoy borracho? —Al Viejo podría habérsele disculpado que lo supusiera, pues Dick tenía los ojos húmedos y el rostro encendido. Volvió a la chimenea, bostezó, se desperezó, se abotonó el abrigo y se rio—. No había alcohol para tanto, Viejo. No te levantes —continuó al ver que el Viejo hacía ademán de soltarse la manga—. Déjate de buenos modales. Sigue donde estás; ya me marcho. Mira, ahí están.

Alguien llamó despacio a la puerta. Dick Bullen la abrió deprisa, deseó buenas noches con un gesto a su

anfitrión y desapareció. El Viejo lo habría seguido de no haber sido por la mano que inconscientemente seguía aferrada a su manga. Podría haberse soltado con facilidad: era pequeña, débil y delgada. Pero, tal vez porque era pequeña, débil y delgada, cambió de opinión, acercó la silla a la cama y apoyó la cabeza en ella. Los efectos de sus anteriores libaciones se hicieron más evidentes en esa postura tan vulnerable. La habitación tembló y se desdibujó ante sus ojos, volvió a aparecer, se desdibujó, desapareció y se quedó dormido.

Entretanto Dick Bullen cerró la puerta y se encontró con sus amigos.

—¿Preparado? —preguntó Staples.

—Sí —respondió Dick—; ¿qué hora es?

—Las doce y media —respondió alguien—, ¿llegarás a tiempo? Entre ir y volver son casi setenta kilómetros.

—Calculo que sí —repuso lacónico Dick—. ¿Dónde está la yegua?

—Bill y Jack la tienen en el cruce.

—Déjalos que esperen un minuto más —respondió Dick.

Se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa sin hacer ruido. A la luz de la vela a punto de consumirse y del fuego casi apagado vio que la puerta de la habitación estaba abierta. Se acercó de puntillas y se asomó. El Viejo se había desplomado en la silla y roncaba con las piernas alargadas y en línea con los hombros encorvados, y el sombrero sobre los ojos. A su lado, en una estrecha camita yacía Johnny, arrebujado en una manta de la que solo asomaban un poco la frente y unos cuantos rizos húmedos por el sudor. Dick dio un paso adelante, dudó y contempló por encima del hombro la inhóspita habitación. Reinaba el silencio. Con repentina decisión, se apartó los bigotazos con las manos y se inclinó sobre el niño dormido. Pero en ese momento una maldita ráfaga que estaba al acecho se coló por la chimenea, reavivó el fuego e iluminó la habitación con un impúdico resplandor del que Dick huyó horrorizado.

Sus compañeros le estaban esperando en el cruce. Dos de ellos se debatían en la oscuridad con un extraño bulto contrahecho que al acercarse Bill adoptó la forma de un gran caballo amarillo.

Era la yegua. No era muy hermosa. Ni su nariz romana, ni las ancas protuberantes, ni el espinazo arqueado y oculto por las rígidas machillas de una silla mexicana, ni las patas gruesas, rectas y huesudas conservaban el menor vestigio de gracia equina. Sus ojos medio ciegos pero perversos, su labio leporino y su color monstruoso expresaban solo fealdad y vicio.

—Bueno —dijo Staples—, cuidado con los cascos, chicos, ya puedes montar.

Sujétate a la crin y mete deprisa el pie en el estribo. ¡Vamos!

Hubo un corcoveo, un salto, la gente se apartó, los cascos volaron, dos saltos estremecieron la tierra, se oyó un rápido tintineo de espuelas y luego la voz de Dick en la oscuridad:

—¡Ya está!

—¡No vayas por la carretera de abajo a no ser que se te eche el tiempo encima! No le tires de las riendas cuando vayas cuesta abajo. Estaremos en el vado a las cinco. ¡Vamos! ¡Arre, caballo! ¡Ve!

Un chapoteo, una chispa en la orilla del camino, una trápala en el rocoso barranco y Dick desapareció.

¡Canta, oh, Musa, la cabalgada de Richard Bullen! ¡Canta, oh, Musa, a los hombres caballerosos, la búsqueda sagrada, los hechos esforzados, los torpes patanes, la valerosa cabalgada y los terribles peligros que corrió la flor de Simpson's Bar!

¡Ay!, qué Musa tan remilgada. ¡No quiere saber nada de ese jinete bruto, harapiento, jactancioso y obstinado, así que tendré que seguirle a pie y en prosa!

Era la una en punto y solo había llegado a Rattlesnake Hill. Pues Jovita había hecho gala ya de todos sus vicios e imperfecciones. Tres veces había tropezado. Dos veces había alineado su nariz romana con las riendas y, resistiéndose al bocado y las espuelas, había galopado a campo través. Dos veces se había encabritado y se había sentado, pero en ambas ocasiones el ágil Dick, ileso, volvió a subir a la silla antes de que pudiera cocearlo. Y dos kilómetros más adelante, al pie de una larga montaña, estaba el arroyo Rattlesnake. Dick sabía que ahí estaba la prueba decisiva para culminar su empresa, apretó sombrío los dientes, le clavó las rodillas en los costados y cambió

de una táctica defensiva a una agresión clara. Espoleada y fuera de sí, Jovita empezó a descender por la ladera. El astuto Richard fingió querer retenerla con imprecaciones y falsos gritos de alarma. No hace falta añadir que Jovita salió al galope. Tampoco es necesario anotar aquí el tiempo que duró el descenso; consta ya en las crónicas de Simpson's Bar. Baste con decir que un momento después, o eso le pareció a Dick, estaba chapoteando en las orillas inundadas del arroyo Rattlesnake. Tal como había previsto Dick, la inercia adquirida le impidió recular, conque se sujetó con fuerza y se plantaron de un salto en mitad de la corriente. Cocearon, vadearon y nadaron y un instante después Dick pudo volver a tomar aliento en la otra orilla.

El camino desde el arroyo Rattlesnake hasta Red Mountain era tolerablemente llano. Fuese porque la zambullida en el arroyo había sofocado su siniestro fuego, o porque la artimaña que la había llevado hasta allí había dejado clara la superior astucia del jinete, Jovita ya no desperdició sus excesos de energía en caprichos sin sentido. Una vez se había resistido, pero más por costumbre que por otra cosa; una vez había rehusado, aunque fue al ver una casa recién pintada en un cruce. Los

hoyos, las zanjas, los depósitos de grava y la hierba fresca volaban bajo sus cascos. Empezó a oler mal, una o dos veces tosió un poco, pero no disminuyeron ni sus fuerzas ni su velocidad. A las dos en punto pasó Red Mountain e inició el descenso hacia el llano. Diez minutos después «un hombre en un caballo pinto» adelantó a la diligencia Pioneer, un hecho lo bastante notable para ser reseñado. A las dos y media, Dick se incorporó sobre los estribos con un grito. Las estrellas brillaban entre las nubes rasgadas y más adelante, en plena llanura, se alzaban dos campanarios, un asta de bandera y una línea de objetos negros desperdigados. Dick hizo tintinear las espuelas y agitó la riata. Jovita brincó y al cabo de un momento entraron en Tuttleville y se detuvieron ante la veranda de madera del Hotel de las Naciones.

Lo que sucedió esa noche en Tuttleville no forma estrictamente parte de este relato. En pocas palabras, podemos decir, no obstante, que después de entregarle a Jovita a un mozo de cuadra soñoliento a quien la yegua dejó inconsciente de una coz poco después, Dick fue con el dueño del bar a recorrer la ciudad dormida. Todavía brillaba alguna que otra luz en unas cuantas tabernas y casas de juego; pero las evitaron y se detuvieron

delante de varias tiendas cerradas y, a fuerza de llamar y gritar juiciosamente, sacaron a sus propietarios de la cama, y les hicieron abrir la puerta de sus comercios y exponer sus mercancías. Unos cuantos les recibieron con improperios, pero más a menudo con interés y preocupación por sus necesidades, y cada conversación concluyó con un trago. Dieron las tres antes de que pusieran fin a aquellas cortesías y Dick volviese al hotel con una bolsita de caucho al hombro. Allí le abordó la Belleza, ¡una Belleza de encantos opulentos, ostentosa en el vestido, convincente en el habla y de acento español! En vano repitió la invitación hasta el exceso, pues fue felizmente rechazada por ese hijo de las montañas, un rechazo suavizado en ese caso por una risa y su última moneda de oro. Luego volvió a saltar a la silla y salió al galope por la calle desierta rumbo a la llanura solitaria, donde enseguida las luces, la negra línea de casas, los campanarios y el asta de bandera volvieron a hundirse en la tierra a sus espaldas y se perdieron en la distancia.

La tormenta había despejado, el aire era frío y seco, los perfiles de las cosas se distinguían con claridad, pero hasta las cuatro y media Dick no llegó a la casa del cruce. Para evitar la pendiente había tomado un

camino más largo y sinuoso, en cuyo fango viscoso Jovita se hundía hasta los corvejones. Era un mal preámbulo para un ascenso de otros ocho kilómetros; pero Jovita lo acometió con la furia ciega e irracional de costumbre, y media hora después llegó a la altura que llevaba al arroyo Rattlesnake. Media hora más y llegarían al arroyo. Dick aflojó las riendas sobre el cuello de la yegua, le chistó y empezó a cantar.

De pronto Jovita hizo un extraño y dio un brinco que habría desmontado a un jinete menos experimentado. Una figura que había saltado desde la cuneta la sujetaba por las riendas y al mismo tiempo surgieron de la penumbra un jinete y su caballo.

—¡Arriba las manos! —ordenó esa segunda aparición con un juramento.

Dick notó que la yegua temblaba, se estremecía y daba la impresión de humillar.

Sabía lo que eso significaba y se preparó.

—Aparta, Jack Simpson, te conozco, J… ladrón. Déjame pasar o…

No terminó la frase. Jovita se alzó en el aire con un salto temible, tiró al suelo a la figura que la sujetaba por el bocado con un simple movimiento de cabeza y cargó con mortífera maldad contra el obstáculo que tenía delante. Se oyó un juramento, un disparo de revólver y el caballo y el bandido cayeron a un lado de la carretera; instantes después Jovita se había alejado más de cien metros. Pero el brazo derecho de su jinete, destrozado por un balazo, colgaba inútil a un lado.

Sin aminorar el paso, Dick sujetó las riendas con la mano izquierda. Pero poco después tuvo que detenerse para apretar la cincha de la silla que se había desplazado un poco. Lisiado como estaba tardó un rato. No temía que lo persiguieran, pero al alzar la mirada vio que las estrellas empezaban a palidecer por el este, y que los lejanos picos habían perdido su fantasmal blancura, y ahora destacaban negruzcos contra un cielo más luminoso. Empezaba a despuntar el día. Totalmente absorbido por su idea olvidó el dolor de su herida, volvió a montar y se dirigió deprisa al arroyo Rattlesnake. Pero ahora Jovita jadeaba, Dick se tambaleaba en la silla y el cielo cada vez estaba más claro.

¡Galopa, Richard; corre, Jovita, espera, oh, día! En los últimos kilómetros notó un atronador silbido en los oídos. ¿Era cansancio por la pérdida de sangre o qué? Mientras bajaban la montaña se sentía aturdido y confuso y no reconocía los alrededores. ¿Se habría equivocado de camino, o eso era el arroyo Rattlesnake?

Lo era. Pero el alborotado torrente que había cruzado unas horas antes había doblado con creces su caudal, y ahora un verdadero río fluía sin detenerse ante nada entre él y Rattlesnake Hill. Por primera vez esa noche, Richard se dejó llevar por el desánimo. El río, la montaña, el despuntar del alba por el este desfilaron ante sus ojos. Los cerró para recobrar el dominio de sí mismo. En ese breve intervalo, por algún increíble proceso mental, el cuartito de Simpson's Bar y las figuras del padre y el niño dormidos se alzaron ante él. Abrió los ojos decidido, se desembarazó del abrigo, el revólver, las botas y la silla de montar, se ató las alforjas con el precioso paquete a la espalda, clavó con fuerza las rodillas en los costados de Jovita y con un grito se zambulló en el agua amarilla. Un chillido se alzó en la otra orilla cuando la cabeza del hombre y el caballo se debatieron un momento contra

la corriente y luego fueron arrastrados por ella entre los árboles arrancados y las ramas a la deriva.

El Viejo dio un respingo y despertó. El fuego del hogar se había apagado, la vela en la otra habitación chisporroteaba en la palmatoria y alguien estaba llamando a la puerta. La abrió y retrocedió con un grito al ver la figura chorreante y medio desnuda que se tambaleaba en el umbral.

—¡Chis! ¿Se ha despertado ya?

—No… pero ¿Dick?

—¡Calla, viejo idiota! Dame un poco de *whisky*, ¡deprisa!

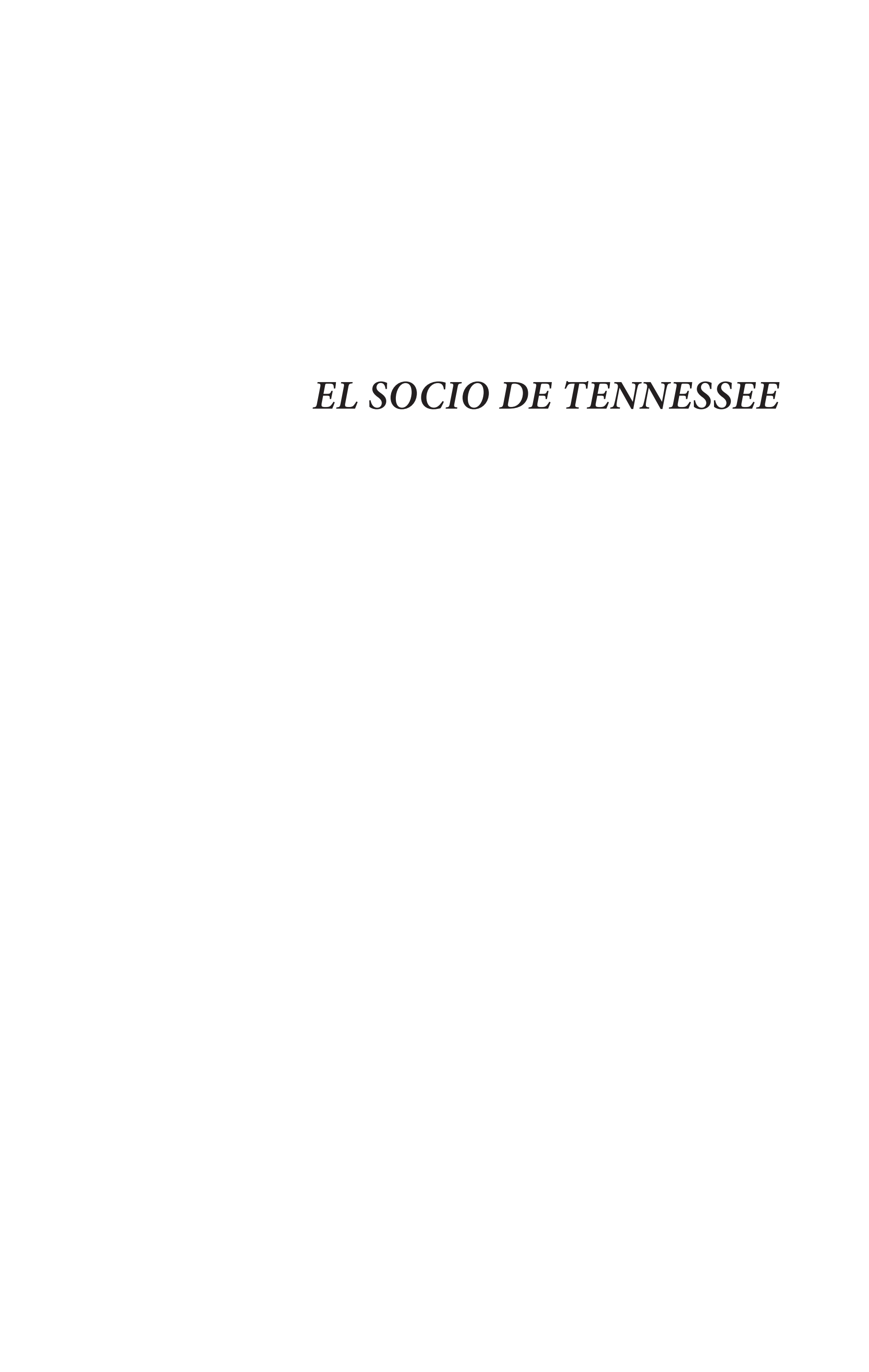
El Viejo salió corriendo y regresó con… ¡una botella vacía! Dick habría soltado una maldición, pero no tenía fuerzas. Trastabilló, se sujetó a la puerta y le hizo un gesto al Viejo.

—Hay una cosa para Johnny en las alforjas. Sácala. Yo no puedo. —El Viejo soltó la correa y dejó las alforjas ante el hombre exhausto—. ¡Deprisa, ábrelas!

Lo hizo con dedos temblorosos. Dentro no había más que unos cuantos juguetes: Dios es testigo de que eran toscos y vulgares, pero relucían con la pintura y el oropel. Uno estaba roto; otro me temo que lo había echado a perder el agua; y el tercero… ¡ay de mí!, tenía una mancha cruel.

—No parecen gran cosa, ya lo sé —dijo cariacontecido Dick—. Pero no había nada mejor… Cógelos, Viejo, ponlos en su calcetín, y dile… dile, ya sabes…, sujétame, Viejo… —El Viejo le sujetó antes de que se desplomara—. Dile —continuó Dick con una débil risita— que ha venido Santa Claus.

Y así fue como, desaliñado, harapiento, sin afeitar, con el cabello enmarañado y con un brazo colgando inútil, Santa Claus visitó Simpson's Bar y se desmayó en la puerta de la primera casa. El amanecer navideño llegó despacio poco después y rozó los picos más lejanos con el calor sonrosado de un amor inefable. Contempló Simpson's Bar con tanta ternura que la montaña entera, como sorprendida en un acto de generosidad, se ruborizó hasta los cielos.



EL SOCIO DE TENNESSEE

Creo que nunca llegamos a saber su verdadero nombre, aunque es cierto que ignorarlo nunca fue un inconveniente social para nosotros porque, en 1845, en Sandy Bar era frecuente rebautizar a los hombres. A veces, el nuevo apelativo se inspiraba en algún detalle distintivo del vestir, como en el caso de Jack Vaqueros; o en alguna costumbre peculiar, como en el de Bill Bicarbonato, porque el pan que comía llevaba una cantidad desproporcionada de bicarbonato de soda; o en algún desliz desafortunado, como en el del Pirata de Hierro, un hombre tranquilo e inofensivo que se ganó ese título por pronunciar mal «pirita de hierro». Tal vez esto fuera el germen de una heráldica rudimentaria, aunque me inclino a pensar que, en aquella época, el verdadero nombre de un hombre dependía únicamente de lo que dijera él.

—Y ¿dice usted que se llama Clifford? —preguntó Boston con mucha guasa a un tipo apocado que acababa de llegar—. ¡El infierno está lleno de Cliffords!

Después presentó al infortunado, que en realidad se llamaba Clifford, con el sobrenombre de Charly Arrendajo, insultante inspiración del momento que le quedó para siempre.

Pero volvamos al socio de Tennessee, a quien no conocimos por ningún otro nombre más que este título dependiente; hasta mucho más tarde no llegamos a saber que tenía una existencia propia, diferente y separada. Al parecer, en 1853 salió de Poker Flat con destino a San Francisco en busca de una mujer para casarse. No pasó de Stockton. En ese lugar lo atrajo una joven que atendía la mesa del hotel en el que comía. Una mañana le dijo algo que a la joven le hizo sonreír con cierta chispa, romperle coquetamente en la cara, cuando la miraba con seriedad y sencillez, un plato lleno de tostadas y retirarse a la cocina. La siguió y poco después volvió a salir victorioso, con más tostadas encima. Aquella misma semana los casó un juez de paz y volvieron a Poker Flat. Comprendo que podría dar más detalles de este episodio, pero prefiero referirlo tal como lo contaban en Sandy Bar, en los barrancos y las cantinas, con un gran sentido del humor por lo que hace a los sentimientos.

Poco se sabe de su felicidad conyugal, tal vez se deba a que un buen día Tennessee, que a la sazón vivía con su socio, aprovechó la oportunidad de decirle algo a la novia por su cuenta y riesgo, ante lo cual cuentan que ella sonrió con cierta chispa y se retiró castamente… hasta

Marysville en esta ocasión, adonde la siguió Tennessee y donde se pusieron a jugar a las casitas sin la mediación de un juez de paz. El socio de Tennessee se tomó la pérdida de su mujer con seriedad y sencillez, a su estilo. Pero, para asombro de todos, cuando Tennessee volvió de Marysville sin la mujer de su socio, pues ella había sonreído a otro y se había retirado una vez más, su socio fue el primero en darle la mano y recibirlo con afecto. Los muchachos que se habían congregado en el *cañón* para presenciar el tiroteo se indignaron muchísimo, como es natural. Habrían expresado la indignación con sarcasmo si no lo hubiera impedido cierta mirada que les echó el socio de Tennessee, una mirada totalmente carente de sentido del humor. Lo cierto es que era un hombre serio que se aplicaba al detalle práctico en los momentos difíciles con una diligencia bastante fastidiosa.

Entretanto, en el pueblo se enconaban los sentimientos en contra de Tennessee: se sabía que era jugador y se sospechaba que robaba. Su socio también se vio comprometido, pues la única explicación posible de que siguieran siendo amigos después del episodio con su mujer era que estuvieran conchabados en el delito. Finalmente, los pecados de Tennessee salieron a la luz.

Un día, camino de Red Dog, alcanzó a un desconocido. Después, el desconocido contó que Tennessee le había hecho pasar un buen rato contándole anécdotas y recuerdos, pero que, ilógicamente, concluyó diciéndole:

—Y ahora, jovencito, me vas a dar el puñal, las pistolas y el dinero, porque, verás, estos instrumentos pueden traerte complicaciones en Red Dog, y el dinero es una tentación para los maleantes. Creo que has dicho que vives en San Francisco. Procuraré hacerte una visita.

Hay que reconocer que Tennessee tenía una fluida vena humorística que no se secaba ni en plena negociación mercantil.

Fue su última hazaña. Red Dog y Sandy Bar hicieron causa común contra este salteador de caminos. Le dieron caza con su misma medicina. Cuando lo tenían rodeado, echó una carrera desesperada por todo Bar descargando el revólver contra la multitud que se encontraba a la puerta del *saloon* Arcade, y siguió corriendo hacia el *cañón* del Oso; pero al final del desfiladero lo detuvo un hombre de baja estatura que iba en un caballo gris. Se miraron un momento en silencio. Ninguno tenía miedo, estaban seguros de sí, eran independientes; eran

dos ejemplares de una civilización que en el siglo XVII se habría calificado de heroica, pero que en el XIX no pasaba de temeraria.

—Qué llevas, pregunto —dijo Tennessee en voz baja.

—Dos sotas y un as —dijo el otro, también en voz baja, al tiempo que enseñaba dos revólveres y una faca.

—Paso —contestó Tennessee.

Y, con este epigrama de jugador, tiró su inútil pistola y regresó con el que lo había atrapado.

Hacía calor aquel atardecer. La brisa fresca que solía levantarse a última hora tras la montaña del chaparral no llegaba esa noche a Sandy Bar. El pequeño cañón estaba cargado de olores resinosos recalentados y los maderos podridos de Bar exhalaban efluvios hediondos. En el campamento, la actividad febril y las fieras pasiones del día no se habían apagado todavía. A lo largo de la orilla del río unas luces se movían sin cesar, sin reflejarse en la turbulenta corriente. Las ventanas del viejo desván de la oficina de correos destacaban como ojos brillantes sobre la masa negra de los pinos; desde allí veían los haraganes

la silueta de los que todavía estaban decidiendo la suerte que correría Tennessee. Y, por encima de todo esto, recortada contra el oscuro firmamento, se alzaba la Sierra, lejana, indiferente, coronada de estrellas aún más lejanas e indiferentes.

El juicio de Tennessee fue tan justo como era de esperar de un juez y un jurado que se sentían obligados hasta cierto punto a que el veredicto justificara las irregularidades cometidas en la detención y la formulación de cargos. La ley de Sandy Bar era implacable, pero no vengativa. La emoción y los sentimientos personales de la persecución ya habían pasado; con Tennessee sano y salvo en sus manos, se dispusieron a escuchar pacientemente cualquier argumento en su defensa, aunque estaban convencidos de antemano de que sería inútil. No tenían la menor sombra de duda, pero preferían conceder al acusado el beneficio de alguna que pudiera surgir. Persuadidos de que merecía la horca por principios generales, le concedieron más oportunidades de defenderse de las que el temerario y audaz preso parecía desear. El juez estaba más angustiado que el acusado, el cual, completamente despreocupado por lo demás, se divertía a costa de la responsabilidad que les había echado encima.

—No voy a seguirles el juego —Era la respuesta que daba invariablemente, de buen humor, a todas las preguntas.

El juez, que también era quien lo había detenido, lamentó un momento no haberlo matado de un tiro esa mañana «allí mismo», pero enseguida dejó de pensarlo por tratarse de una debilidad humana indigna de un juez. Sin embargo, cuando llamaron a la puerta y dijeron que el socio de Tennessee quería hablar a favor del reo, no vaciló en admitirlo sin dilación. Es posible que para los miembros más jóvenes del jurado, que ya estaban aburridos de tanto pensar, fuera un alivio.

Pues, en realidad, no era un tipo imponente, sino de baja estatura, aunque fornido, de cara cuadrada, extraordinariamente colorado por efecto del sol; llevaba una mandilón y pantalones a rayas, salpicados de barro rojo; tenía, en fin, una pinta que habría resultado curiosa en cualquier circunstancia, y que ahora era incluso ridícula. Cuando se detuvo para depositar en el suelo el pesado morral que llevaba, parece ser, por lo que se constata parcialmente en leyendas e inscripciones, que la tela de los remiendos de los pantalones no estaba pensada

en principio para menester tan ambicioso. Sin embargo, el socio se adelantó con toda solemnidad y, después de dar un apretón de manos a cada uno de los presentes con pomposa cordialidad, perplejo y serio como estaba, se limpió la cara con un pañuelo de un color ligeramente más claro que su piel, apoyó una manaza en la mesa en busca de apoyo y se dirigió al juez con las siguientes palabras:

—Pasaba por aquí —dijo, a modo de disculpa— y se me ocurrió entrar un momento a ver qué tal le iban las cosas a Tennessee, aquí, mi socio. Hace calor esta noche. No recuerdo una noche tan calurosa en Bar.

Hizo una breve pausa, pero como nadie se ofreció a seguir hablando del tiempo, recurrió de nuevo al pañuelo y se enjugó el rostro diligentemente.

—¿Tiene algo que decir a favor del preso? —preguntó el juez por fin.

—Eso es —dijo el socio de Tennessee, aliviado—. Vengo como socio de Tennessee… Hace cuatro años que lo conozco llueva o truene, en lo bueno y en lo malo, en la prosperidad y en la adversidad. No siempre hacemos

las cosas de la misma forma, pero no hay nada en él, no hay picardía que haya cometido que no sepa yo. Y usted me dice, dice usted, confidencialmente, de hombre a hombre, dice que si tengo algo que decir a favor de este hombre. Y yo le digo, digo yo, confidencialmente, de hombre a hombre, ¿qué tiene uno que decir a favor de su socio?

—¿No tiene nada más que alegar? —preguntó el juez, impaciente, al percibir tal vez que una peligrosa corriente de comprensión empezaba a ablandar al jurado.

—Lo dicho —prosiguió el socio de Tennessee—. No soy quién para decir nada en contra de mi socio. Pero a ver, ¿de qué se le acusa? Resulta que Tennessee necesita dinero, lo necesita mucho, y no quiere pedírselo a su viejo socio. Entonces ¿qué hace Tennessee? Va por un desconocido y lo pilla. Y usted va por él y lo pilla; el empate está servido. Y yo le pregunto a usted, que es un hombre justo, y a todos ustedes, caballeros, que también son justos, si no es verdad lo que digo.

—Preso —dijo el juez, interrumpiéndolo—, ¿tiene algo que preguntar a este hombre?

—¡No! ¡No! —Se apresuró a decir el socio de Tennessee—. En esta mano voy solo. Vayamos al fondo de la cuestión. La cosa es que Tennessee, aquí presente, se la ha jugado gorda a un forastero en este campamento nuestro. Entonces ¿que hay qué hacer? Unos dirían que si tal, otros que si cual. Traigo aquí mil setecientos dólares en pepitas de oro y un reloj, es toda mi fortuna y ¡no se hable más!

Y, antes de que alguien pudiera levantar la mano para evitarlo, el socio vació el morral encima de la mesa.

Puso la vida en peligro un momento. Un par de hombres se levantaron, unos cuantos echaron mano al arma que llevaban oculta y solo un gesto del juez impidió que aplicaran en la práctica la idea de «a la ventana con él». Tennessee se echó a reír. Y, aparentemente ajeno a la conmoción, el socio aprovechó la oportunidad para limpiarse la cara otra vez con el pañuelo.

Cuando las aguas volvieron a su cauce y con mucha prosopopeya retórica se dio a entender al hombre que el delito de Tennessee no podía perdonarse con dinero, se le puso la cara de un rojo sangre y los que más cerca estaban de él vieron que la ruda mano con la que se

apoyaba en la mesa le temblaba ligeramente. Vaciló un momento y lentamente volvió a guardar el oro en el morral como si no terminara de comprender el elevado sentido de la justicia del que hacía gala el tribunal, y estaba perplejo, pues creía que no había ofrecido bastante dinero. Entonces, volviéndose al juez, le dijo:

—Esta mano la jugaba yo solo, sin mi socio.

Saludó al jurado con una inclinación de cabeza y se disponía a irse, pero el juez lo llamó otra vez.

—Si tiene algo que decirle a Tennessee, hable ahora.

Por primera vez en la noche, Tennessee y su curioso defensor cruzaron una mirada. Tennessee sonrió enseñando unos dientes blancos y dijo:

—¡Euchred, amigo mío! —Y le tendió la mano.

El socio le dio un apretón y dijo:

—Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar a ver qué tal iban las cosas —Soltó la mano sin fuerza y añadió—. Hacía calor esta noche.

Se limpió la cara una vez más y, sin añadir otra palabra, se retiró.

Nunca volvieron a verse en esta vida, pues el incomparable insulto de pretender sobornar al juez Lynch, que, por muy parcial, débil o estrecho de miras que fuera, al menos era incorruptible, despejó cualquier sombra de duda que pudiera quedarle al mítico personaje a propósito del sino de Tennessee; y, al rayar el alba, lo condujeron convenientemente escoltado al encuentro con su final en la cima del monte de Marley.

De cómo lo afrontó y se negó a decir una palabra, de su indiferencia, así como de la perfección con la que la junta lo preparó todo, dio cuenta puntualmente en el *Red Dog Clarion* (rematando el artículo con una advertencia moral y ejemplar para futuros malhechores) el propio director, que estuvo presente y a cuya pluma vigorosa con mucho gusto remito al lector. Sin embargo, de lo que no se dio cuenta, pues no era materia de lección social, fue de la hermosa mañana de mediados de verano, de la bendita amistad entre la tierra, el aire y el cielo, de la vida que despertaba en los bosques libres y en los montes, de la jubilosa renovación de la promesa de la naturaleza

y, sobre todo, de la serenidad infinita que emocionaba a todos y cada uno. Con todo, cumplimentada la débil y ridícula hazaña por la que la vida, con todas sus posibilidades y responsabilidades, abandonó a la cosa que colgaba entre la tierra y el cielo, los pájaros cantaron, las flores florecieron y el sol brilló con la misma alegría que antes, y seguramente el *Red Dog Clarion* tenía razón.

El socio de Tennessee no formaba parte de la comitiva que rodeaba el funesto árbol. Pero, cuando dieron media vuelta para dispersarse, les llamó la atención una aparición insólita: una carreta tirada por un burro parada al lado del camino. Al acercarse, enseguida reconocieron a la venerable Jenny y la carreta de dos ruedas que eran propiedad del socio de Tennessee, con las que se llevaba los escombros de su yacimiento; y, a pocos pasos de la carreta, al dueño en persona sentado al pie de un castaño, secándose el sudor de la cara. En respuesta a una pregunta, dijo que había ido a buscar el cuerpo del «difunto», «con el permiso de la junta». No quería «meter prisa a nadie», podía esperar. No trabajaba ese día y, cuando los caballeros hubieran terminado con el «difunto», se lo llevaría.

—Si alguno de los presentes —añadió, a su manera sencilla y seria— quiere asistir a la función, puede quedarse.

No sé si por el sentido del humor que, como ya he dicho, caracterizaba a Sandy Bar, o por algo de orden más elevado, pero el caso es que tres cuartas partes de la comitiva aceptó la invitación sin pensarlo.

Era mediodía cuando el cadáver de Tennessee fue depositado en brazos de su socio. Cuando la carreta se acercó al árbol fatídico, vimos que acarreaba una caja tosca, alargada (hecha, al parecer, con madera de una artesa de filtrar oro), llena hasta la mitad de corteza y conos de pino. Además, estaba adornada con ramas tiernas de sauce y perfumada con ramilletes de agujas de pino. Colocaron el cadáver en el ataúd, el socio de Tennessee lo cubrió con una lona alquitranada, montó solemnemente y, con los pies en las varas de la carreta, arreó a la burra. Inició la marcha despacio, al paso decoroso característico de Jenny incluso en circunstancias menos solemnes. Los hombres, entre bromas y veras, pero siempre con guasa, echaron a andar al lado de la carreta, unos delante y otros detrás del acogedor catafalco. No sé si porque el camino

se estrechaba o por respeto y compostura, los que iban delante dejaron pasar la carreta y formaron detrás en parejas, avanzando todos al mismo paso, con la actitud circunspecta de un séquito formal. Jack Folinsbee, que empezó a tocar burlonamente una marcha fúnebre con un trombón imaginario, desistió ante la falta de éxito, quizá por carecer de la capacidad del verdadero humorista para conformarse con la gracia de sus propias ocurrencias.

El camino pasaba por el cañón del Oso, que a esa hora ya estaba cubierto de luto y sombras. Las secuoyas lo flanqueaban en fila india, con los pies calzados en la tierra roja, derramando una bendición rudimentaria sobre el féretro. Una liebre, sorprendida en total holganza, atisbaba entre los helechos de la orilla del camino el paso del *cortège*. Las ardillas trepaban rápidamente en busca de una atalaya segura en las ramas más altas, y los arrendajos azules abrían las alas y echaban a volar delante de ellos como una avanzadilla, hasta que llegaron a las afueras de Sandy Bar y a la cabaña solitaria del socio de Tennessee.

Ni en circunstancias más halagüeñas habría parecido un sitio alegre. No faltaba nada de lo que distingue la construcción de nidos de los mineros californianos: el emplazamiento nada pintoresco, las formas toscas y carentes de atractivo, los detalles de mal gusto, todo sumando al deterioro y la decadencia. A pocos pasos de la cabaña había un cercado rústico que, en los pocos días que duró la felicidad conyugal del socio de Tennessee, hacía las veces de jardín, pero ahora estaba invadido por los helechos. Al acercarnos, nos sorprendió descubrir que lo que habíamos tomado por un intento reciente de cultivar la tierra era en realidad tierra suelta alrededor de una fosa poco profunda.

La carreta se detuvo antes de llegar al cercado y el socio de Tennessee, rechazando la ayuda que le ofrecían con la misma sencillez y confianza en sí mismo que había mostrado desde el principio, se cargó el rudo ataúd a la espalda y lo depositó él solo en el interior de la fosa. Después clavó un tablón a modo de tapa, se subió al montoncillo de tierra, se descubrió la cabeza y lentamente se limpió la cara con el pañuelo. A los presentes les pareció el preludio de un discurso, así que se distribuyeron entre los tocones y las piedras y se sentaron a esperar.

—Cuando uno —empezó a decir el socio de Tennessee hablando despacio— se ha pasado el día corriendo en libertad, ¿qué es lo más normal que puede hacer? Pues volver a casa. Y, si no está en condiciones de volver, ¿qué puede hacer su mejor amigo? Pues ¡traerlo! Y aquí está Tennessee, que se ha pasado todo el día corriendo en libertad y ahora lo hemos traído a casa —Hizo una pausa, cogió una piedra de cuarzo, la frotó escrupulosamente contra la manga y prosiguió—. No es la primera vez que me lo cargo a la espalda como me has visto hacer ahora. No es la primera vez que lo traigo a esta casa cuando no podía hacerlo él solo; no es la primera vez que Jinny y yo lo esperamos en aquella cuesta, lo recogemos y lo traemos a casa cuando no podía ni hablar y ni siquiera me reconocía. Y ahora que es la última vez, ¿por qué…? —Hizo otra pausa y frotó el cuarzo con suavidad contra la manga—. Es un poco triste para su socio. Y ahora, caballeros —añadió bruscamente, al tiempo que cogía una pala de mango largo—, se acabó la función; les estoy agradecido, y Tennessee también, por las molestias que se han tomado.

Rechazó de nuevo las propuestas de ayuda y se puso a llenar la tumba dando la espalda a la gente, que, después

de unos momentos de vacilación, empezó a retirarse. Cuando cruzaron el promontorio que ocultaba la cabaña de la vista de Sandy Bar algunos se volvieron a mirar y creyeron ver al socio de Tennessee sentado sobre la tumba, con el trabajo hecho y la pala entre las rodillas, tapándose la cara con el pañuelo rojo. Otros, en cambio, decían que, a esa distancia, no se distinguía el pañuelo, y este punto quedó sin aclaración.

En la reacción que siguió a la agitación febril de aquel día, el socio de Tennessee no cayó en el olvido. Se hizo una investigación en secreto que lo exoneró de toda sospecha de complicidad con los delitos de Tennessee y arrojó algunas dudas sobre su cordura. Sandy Bar se propuso ir a hacerle una visita para darle el pésame, con torpeza, pero con buena intención. De todos modos, a partir de entonces el hombre empezó a perder la salud y la fuerza visiblemente y, cuando llegó la estación de las lluvias a su debido tiempo y en la tumba de Tennessee empezaron a despuntar las primeras hojas de hierba, el socio cayó en cama.

Una noche, cuando la tormenta agitaba los pinos de cerca de la cabaña, que barrían el tejado con sus finos

dedos, y abajo se oía el rugido de las crecidas aguas del río, el socio de Tennessee levantó la cabeza de la almohada y dijo:

—Hay que ir a buscar a Tennessee, tengo que enganchar a Jinny a la carreta.

Y se habría levantado de la cama si no se lo hubiera impedido la persona que lo cuidaba. Siguió forcejeando, intentando hacer lo que le dictaba la imaginación.

—Hala, Jinny, tranquila, muchacha, tranquila, amiga mía. ¡Qué noche tan oscura! Ten cuidado con los surcos. Y búscalo, búscalo bien, chiquilla. Porque ya sabes que a veces, cuando lo ciega el alcohol, se cae como una piedra en medio del camino. Sigue todo recto hasta el pino de la cima del monte. ¡Ahí! ¡Te lo dije! ¡Ahí está! Viene hacia aquí, claro, solo, sobrio, con la cara brillante. ¡Tennessee! ¡Socio!

Y así se encontraron de nuevo.

“Fue esa primera noche cuando el enemigo de las almas, tomando una forma atroz, se le apareció a Ignacio...

Colección
Lima Lee

